

CANTO VI.

Oh! con qué vária y caprichosa trama
Se va tejiendo el hilo de la vida!
Quien ayer llenó el mundo con su fama
Hoy se despeña en mísera caída;
Lo que se odiaba ayer hoy ya se ama;
Lo que se amaba ayer hoy ya se olvida;
Lo que ayer se llamaba amor y gloria
Hoy es solo quimera transitoria.

Con torpe mano la fortuna ciega
Sus engañosos dones distribuye;
Los dá al crimen, al mérito los niega,
Busca al ingrato y del humilde huye:
Del vário mundo por la estensa vega
La rica fuente de sus gracias fluye,
Y uno bebe placeres celestiales
En ella, y otro inmerecidos males.

La rueda instable del azar, movida
De las pasiones por el récio embate,
Con veloz, incesante sacudida,
Al mísero mortal alza ó abate,
Y de los cielos á la cumbre erguida
Lo eleva, y cuando mas gozoso late
Su corazon, de allí desvanecido
Lo lanza al polvo de do fué salido.

Tál que creyó tocaba con la mano
El término feliz de su deseo,
Deshecho ve su plan en humo vano
Y trocada su dicha en devaneo:
Tál que rendido á su pesar tirano
Malgastó de sus fuerzas el empleo,
Cuando mas desmayaba su esperanza
Súbito goza de feliz mudanza.

¿Quién del pesar ni del placer se fia?
¿Quién al dolor ni al júbilo se entrega?
Efímera del hombre es la alegría
Y efímero el dolor: el alma ciega,
Cual barco endéble que por mar bravía
Sin vela, remo ni timon navega
Siguiendo el rumbo que le marca el viento,
Corre en pos de su propio pensamiento.

No hay en nuestra existencia transitoria
Base para fundar una esperanza;
No hay un momento en nuestra breve historia
Que no marque un vaiven ó una mudanza:
En las mas bellas páginas de gloria
Siempre una línea al infortunio alcanza,
Y en el cáliz mas lleno de amargura
Nunca falta una gota de dulzura.

Así lo quiso Dios para que el hombre
Conozca el barro de que fué nacido,
Y de su autor el sacrosanto nombre
Sumiso adore á su poder rendido:
Y aunque tal vez á nuestro orgullo asombre
Ver nuestro flaco sér tan abatido,
Dios, que del porvenir el curso mide,
Volar tras él á la razon impide.

Juan Diego con insólita alegría,
Sin sentir la aspereza del camino,
A su modesto hogar se dirigía
Ya de su marcha al término vecino:
Haber llegado en su interior creía
Al fin de su mision; pero el destino
Nuevas complicaciones preparaba,
Nuevas dificultades suscitaba.

Que un enemigo rencoroso y fuerte,
De astucia grande y corazon perverso,
Que sin fuerza de Dios no hay quien acierte
A resistirlo en todo el universo.
Padre del llanto, hermano de la muerte,
A todo instinto de piedad adverso,
De toda dicha destructor aciago
Con golpe sordo y tentador amago;

El demonio por fin, qué ¿quién podría
Sino el demonio con su saña fiera
Contrastar las bondades de María,
Y renegar del nombre que venera,
Desde el divino amor con mano pia
Lo enalteció, la creacion entera?
El demonio, á luchar apercebido
No quiso aún retroceder vencido.

“Espíritu tartáreo de la duda
Dijo á su taciturno compañero,
No de una vez la prometida ayuda
Retires; mucho de tu génio espero:
Vé; tu influjo á los ánimos acuda;
Mi hermano de dolor, que labres quiero
Cadena tal para la humana gente
Que Dios en vano quebrantarla intente.

“Mora la astucia en tu irritado seno,
Está en tu ser la clave de la ciencia,
Y pródiga de halagos y veneno
Rebosa de tus lábios la elocuencia;
Vé, y como segador en campo lleno
De mieses, del mortal en la conciencia
Introduce la hoz de tus furores
Y tala sus católicos fervores.

“Yo te prometo, de tan alta empresa
Si victorioso, como espero, sales,
Si haces al hombre de tu engaño presa,
Que justo apreciador de lo que vales,
Te he de dar con arreglo á mi promesa
Grandeza tal que á mi grandeza iguales,
Y los vasallos de mi reino umbrío
Tu nombre acaten á la par del mio.

“Dios, como á mí, con brazo justiciero
Te lanzó del Empíreo soberano;
Dios, como á mí, de fúlgido lucero
Te convirtió en tizon: al ser humano,
Mezquino, ingrato, frágil y grosero,
Sobre nosotros elevó: es en vano
Venganza y aversion recomendarte:
Pues ofendido estás, corre á vengarte.”

Una sesga fatídica mirada
De sus candentes ojos desprendida,
Una sonrisa débil y apagada
De aquella boca donde el mal se anida,
Fueron tan solo la respuesta dada
Por el demonio de la duda: hendida
La tierra con estrépito violento,
Subió el malvado á la region del viento.

El aire, en anchos cercos agitado,
Bajo las alas invisibles late
Del génio tentador, que el vuelo alzado
Sobre el palacio del obispo abate:
Allí contra la mente del prelado
A entrar se apresta en desigual combate,
Por si esta vez á su artificio espera
Mejor efecto que la vez primera.

Zúmarraga, entretanto, que acababa
De ver partir al indio, en penitente
Postura al cielo demandando estaba
Que del milagro la verdad patente
Hiciera, y la esperanza que brotaba
Dentro su corazon, no de repente
Su noble objeto convertido viera
En estéril ridícula quimera.

Oraba y pronto de la fé la palma
Iba á lograr, la primitiva pena
Trocada en fácil apacible calma,
Cuando el génio que todo lo envenena
Filtróse por los poros de su alma
Como la llúvia por menuda arena,
Y habló á su pensamiento de tal modo
Que logró al cabo trastornarlo todo.

La razon de Zúmarraga refleja
Del génio impuro el infernal consejo;
Cual de Febo la límpida madeja
Pinta en su fondo cristalino espejo:
Cuanto el maligno espíritu aconseja
De su propio discurso por reflejo
Toma, y así por su ilusion cegado
Sin combatir se entrega desarmado.

Que no tiene palabras el lenguaje
Del comun enemigo, y seducido
Contrastarlo no puede, aunque trabaje
Por ello, de los hombres el sentido:
De la humana razon con el ropaje
Llena el alma al pasar por el oído,
Dejando en éste tan liviana huella
Que nos parece concepcion de aquella.

“Hombre de nímia fé! pensar hacia
Al prelado el demonio de la duda;
Si tu ciega piedad te descarría,
¿Qué apoyo, dí, contra el error te escuda?
Si á un tosco macehual tomas por guía,
¿Cómo no temes que su lengua ruda,
Si es que burlando tu candor no miente,
Una ilusion por un milagro cuente?”

“Mira que es muy comun entre los hombres
Dar crédito sobrado á su sentido,
Y dar historias, descripciones, nombres,
De séres que jamas han existido.
¿Posible es que el aspecto no te asombre
Del abismo en que puede haber caido
Tu piedad esponiendo á mofadoras
Risas del vulgo lo que tanto adoras?”

“Oh! vuelve en tí, Zúmarraga: modera
El gozo inmotivado en que se inunda
Tu alma extasiada, y á tu fé sincera
De la razon impone la coyunda;
Porque es ciega la fé, y si lijera
Corre sin direccion, quizá se hunda
En cenagal do por sobrada peque
Y en vergonzosa decepcion se trueque.”

“El Sér, sobre los hombres elevado
En quien eterna la verdad reside,
De todas las hechuras que ha creado
Con fiel balanza los afectos mide.
De los talentos que ha depositado
En cada cual, estrecha cuenta pide,
Y ¡ay de aquel que oscurezca sus destellos,
Aunque lo adore sin cesar con ellos!

“¡Ay de aquel que con nécio fanatismo
Su augusto nombre por honrar profana!
La ruin supersticion mas hondo abismo
Abre que el crimen á la raza humana:
Ella marchita la razon, lo mismo
Que adora con escándalo profana,
Y en milagros de vano fundamento
Busca á su culto efimero cimiento.

“No se quiebran así las naturales
Leyes desde el principio establecidas,
Ni estar pudieran de milagros tales
Así las ocasiones repetidas:
La nécia vanidad de los mortales
Es quien teje esas fábulas mentidas,
Pretendiendo que el Dios de las alturas
Se rebaje al nivel de sus criaturas.

“Y aunque esa maravilla en que te fijas
Por bien del hombre suceder pudiera,
No es prudente tampoco que colijas
De un simple dicho su verdad: la austera
Fé, la sencilla conviccion son hijas
De una exacta evidencia, y donde quiera
Que la evidencia con su luz no acuda,
Habrá tinieblas, confusion y duda.

“¿Qué importa que tú creas, si el rebaño
Que con cayado místico diriges
Se hace sordo á tu voz, y llama engaño
A lo que en vano venerar le exiges?
Armas afilarás para tu daño,
Y ese inútil fervor con que te aflijes
Por propagar la milagrosa historia
Y hacerla á todos por su bien notoria,

“Tornárase al momento en contra tuya,
Dando sin falta á la impiedad motivo
Para que osada contra tí rehuya
A tu yugo de amor el cuello altivo;
Y en cuanto alguno de tu error te arguya
El fuego aquí de Dios no queda vivo,
Que es fábrica la fé que se arruina
Cuando el mas débil sus cimientos mina.”

Con estos pensamientos el prelado
De sugestión perversa batallaba,
Y nuevamente de luchar cansado
En su fé y esperanza desmayaba:
Y mas de Satanás el enviado
De su influjo el veneno acrecentaba,
Gozoso al ver que de su ingenio astuto
Iba sacando apetecido fruto.

Y con tanta mas fé se prometia
De su empresa infernal el logro cierto,
Cuanto que en medio de su ataque habia
Amplio camino á la razon abierto,
Y caminaban por la misma vía
Con paso igual y con igual concierto
Del prelado las íntimas razones
Y del génio fatal las sugestiónes.

Que siempre el alma con desden se niega
A dar crédito á estraña maravilla,
Si santa luz al corazon no llega
O alguna prueba la razon no humilla:
Y el sensato varon no con fé ciega,
Que menos acrecienta que amancilla
Su religion, en venerar consiente
Cuanta conseja el populacho cuenta.

¡Pero es tan dulce la razon humana
Subyugar del Eterno á las bondades!
Pensar que nunca su clemencia es vana,
Que siempre sus milagros son verdades!
En vano corre la razon profana
De la ciencia tras locas vanidades;
Siempre se ofusca y cede si destella
La bondad del Altísimo sobre ella.

Y si tal vez altiva se levanta
Y duda, y niega con tenaz porfia,
Pronto, muy pronto su vigor quebranta
Con los esfuerzos de la lucha impía.
¿A quién de Dios la magnitud no espanta?
¿Quién pone dique á lo que hacer podria?
¿Quién, si su voz resuena en nuestro pecho,
Es capaz de decir: Esto no haz hecho?

El fijó el astro que preside al dia
Con sábia mano en la mitad del cielo,
Y puede del escelso mediodia
Al abismo lanzarlo: eterno hielo
Puso en los montes, y sobre él podria
Flores hacer brotar: del bajo suelo
Al alto Empíreo nada se le opone,
Y Él de cuanto hay en plenitud dispone.

Pero tambien el hombre con malicia
Sus altos juicios tuerce ó interpreta,
Tambien la mente la ignorancia vicia
A que la humana condicion sujeta
Por su pecado está: vision ficticia
Nuestros torpes sentidos inquieta,
Y por poco que crédito les demos
De una vana ilusion prodigio hacemos.

Así, entre la duda y la creencia
Por iguales afectos sorprendido,
Y siempre á la maléfica influencia
Del génio de la duda sometido,
El prelado, queriendo su conciencia
Satisfacer, imaginó un partido,
Que aunque ingrata sospecha descubria,
El mas acomodado parecia.

Cumpliendo de Zúmarraga el mandato
Dos familiares sin tardanza fueron
A alcanzar á Juan Diego, y con recato,
Cuando ir al Tepeyac lo descubrieron,
Por la árdua línea del camino ingrato
Sin ser vistos del indio lo siguieron,
Y en su pos sin descanso caminaron
Hasta que al pié del Tepeyac llegaron.

El ángel tentador por el camino
Sus mentes de tinieblas rodeaba,
Y todo afecto de fervor divino
En sus dos corazones apagaba:
Voces impías sin razon ni tino
A sus blasfemos lábios inspiraba,
Ambos atribuyendo su tarca
A una pueril supersticiosa idea.

La doble aparicion les parecia
Un fabuloso mal forjado cuento
Con que Juan Diego entorpecido habia
De Zúmarraga el claro entendimiento,
Con la esperanza de que así podria,
A falta de mejor merecimiento,
De la ajena piedad sacando fruto
Cobrar por su mensaje algun tributo.

Así no bien á la raiz llegaron
Del bendecido cerro, hácia la cumbre
Los risueños semblantes levantaron,
Y no la rara esplendorosa lumbre
Ver de un iris magnifico esperaron,
Ni oír voz de celeste muchedumbre,
Sino todo en silencio y en sosiego
Hallar, cual siempre lo encontró Juan Diego.

Y así fué: nada desplegó á sus ojos
La pompa por el indio referida,
Ni remedó del alba los sonrojos
Celeste luz con variedad teñida:
Del vano caminar con los enojos,
La narracion del indio al ver fallida,
Por sus engaños á increparle fueron
Ambos á dos; pero con él no dieron.

Miráronse confusos: un instante
A duras penas trascurrido habia
Desque lo vieron caminar delante
Siguiendo el márgen de la estensa vía:
Del llano hasta la cima culminante
Allí nada la vista interrumpia,
Y sin embargo, ante ellos desde luego
Mas bien que huyó desapareció Juan Diego.

Por una y otra parte rodearon
La ancha base del cerro: peña á peña
Su quebrada vertiente registraron
Sin dejar de inquirir mata ni breña;
Pero en ninguna descubrir lograron
Del hombre á quien buscaban rastro ó seña,
Cual si se hubiese en tierra sumergido
O en lijero vapor desvanecido.

Y fué que no eran dignos sus sentidos
De percibir el bulto soberano
De la Madre de Dios, ni los sonidos
De su voz escuchar; porque el arcano
De aquella aparicion, no á descreidos
Espíritus henchidos por el vano
Orgullo mundanal patente quiso
Hacer la Emperatriz del paraiso.

Eran sus almas á la luz cerradas,
Y luz no vieron donde luz habia:
Así mientras al indio con templadas
Frasas llenó de júbilo María,
Ellos por do estamparon sus pisadas
Volvieron, maldiciendo de la vía
Por penosa, del indio por astuto,
Y de su viaje por el poco fruto.

Mas los dos á una cosa no pudieron
Hallar explicacion: la repentina
Desparicion del indio. Ambos lo vieron
Llegar distintamente á la colina;
Ni un instante de vista lo perdieron,
Y sin embargo, al contemplar vecina
Del Tepeyac la cumbre, no lo hallaron
Por mucho que en buscarle se afanaron.

En vano fué que del recinto escaso
La estension peñascosa requirieran,
En vano que del cerro paso á paso
Una vez y otra el ámbito midieran:
Palideció la luz en el ocaso,
Y en su inútil pesquisa persistieran,
Si la noche su manto no tendiese
Y de su largo afan los retrajese.

El risco, en fin, dejaron á su espalda
Y empezaron en marcha presurosa
A descender por la tendida falda,
Cansado el cuerpo, el alma pesarosa,
Y signiendo la línea de esmeralda
Que á la luz del crepúsculo dudosa
Formaba el alto trémulo follaje,
Al término llegaron del viaje.

El prelado con férvida impaciencia
Los esperaba ya: no bien llegaron,
Llamólos agitado á su presencia,
Y ellos lo sucedido relataron
Al milagro negando su creencia,
Y á diabólicas artes imputaron,
Que por otra razon no fuera dable,
De Juan Diego la fuga inesplicable.

Zumárraga, que atento los oia,
Cada vez mas con su inquietud luchaba,
Y con turbado pecho y faz sombría
La hiel de sus palabras apuraba:
Por tierra ya la fábrica veia
En que su amante caridad fundaba.
Tanta esperanza religiosa y pura
De celestial felicidad futura.

En vano á la evidencia sus oidos
Intentaba cerrar, falaz sosiego
Poniendo como un muro á sus sentidos
Por do ya entrara del engaño el fuego:
En que abusó con cuentos mal fingidos
De su tenaz credulidad Juan Diego,
¿Pudiera haber duda todavía?
Ultraje en ello á la razon hacia.

Y sin embargo, con poder oculto
De la fé moribunda el postrer grito
Del preste adicto al verdadero culto,
Vibrar hacia el corazon contrito:
Parecíale á veces torpe insulto,
Rebeldía, impiedad, casi delito,
Destinar testimonio de mortales
A evidenciar arcanos celestiales.

Mas fuerza al cabo fué que la postrera
Chispa de su esperanza primitiva,
Pese á su fé, desvanecida fuera
Del desengaño por la mano esquiva,
Porque llegó la tarde venidera,
Al mundo privó el sol de su luz viva,
Y Juan Diego, su empeño abandonado,
No volvió á parecer ante el prelado.

Quedó, pues, el milagro convertido
En asunto de burla ó de conseja,
Zumárraga confuso, y el olvido,
Que nada al cabo en la memoria deja,
Y que al tragar cuanto en el mundo ha sido
Ni aun dá lugar á cólera ni á queja,
A extinguir el recuerdo se aprestaba
Que del caso en los ánimos quedaba.

¿Será posible, ó Dios? De los favores
Que al rico Anáhuac prometió María,
Aun no cogidas las primeras flores,
Ya el fruto se agostó? ¿Qué mano impía
Pesó sobre los tristes pecadores
A quienes tanto amor se prometía?
¿Qué oculta fuerza de supremo arcano
Hizo que el cielo prometiera en vano?

¿Será tal vez que el rudo mensajero
Por efecto de bárbara ignorancia
Haya incurrido en el desliz grosero
De olvidar del mensaje la sustancia,
Y temiendo su olvido ante el severo
Prelado confesar, ó que su instancia
A dar la vuelta al Tepeyac lo obligue,
Allá en su choza su vergüenza abrigue?

Puede ser; pero ya de todos modos
Parece exhausta de la fé la vena;
Ya el caso milagroso es para todos
Cuento pueril, supersticiosa escena;
Ya se aplican ridículos apodos
Al indio engañador, á quien condena
Su misma ausencia: la batalla ruda
Fué; mas triunfó el demonio de la duda.